

## **Brevet 200 km Algete organizada por GDC Pueblo Nuevo el 18 de marzo de 2017**

**Algete(C1)- Alalpardo- Valdeolmos- El Casar de Talamanca- Viñuelas- Villaseca de Uceda- Puebla de Beleña- Fuencemillán- Jadraque(C2)- Brihuega(C3)- Torija- Torre del Burgo- Humanes de Guadalajara(C4)- Yunquera de Henares- Málaga del Fresno- Viñuelas- El Casar de Talamanca- Alalpardo- Fuente el Saz- Algete(C5).**

**(mapa del recorrido: <https://es.wikiloc.com/wikiloc/view.do?id=15845123>)**

Solo dos semanas después de hacer mi primera brevet, el 18 de marzo llegaba también sobre las 7 de la mañana al Polideportivo de Algete, aparcaba el coche y me dirigía al edificio donde dos ciclistas más esperaban a que el club organizador Pueblo Nuevo comenzara la verificación de la inscripción y la entrega del carnet de ruta sellado. Prácticamente hasta la salida, a las ocho en punto de la mañana, con cielo despejado y escaso viento, pero temperatura algo fresca como para salir sin perneras, todos mis preparativos siguieron el mismo proceso que la vez pasada: ya con el carnet de ruta en la mano, ir al coche, poner la rueda delantera de la bici, quitarme la ropa de civil y pertrecharme con comida, documentación, dinero, llaves del coche, etc. Noté la experiencia, aunque fuera solo por haberla adquirido de la brevet anterior, cuando a falta de algo más de quince minutos para las ocho ya estaba listo para salir. Saludé a mis compañeros de la andanza pasada y terminé hablando con otro ciclista sobre las tallas de las zapatillas, un problema para algunos como yo que contamos con una buena peana.

Igual que la vez pasada, la brisa fría de la mañana era intensa y bastante incómoda, por lo que dudé si debía llevarme el cortavientos amarillo reflectante. Al final decidí llevarlo, consciente de que sería para los primeros kilómetros, ya que la predicción del tiempo daba para aquel día un clima muy agradable, con viento escaso, casi nulo, y una temperatura máxima de 22 grados. Pero soy friolero y sabía que podía pasar los primeros kilómetros congelado, algo que no estaba dispuesto a soportar. Así que llevaba camiseta térmica de manga larga, camiseta interior de verano tipo rejilla sin mangas y el mallot del Club A.D. Pedales de Getafe. Abajo, culote de verano y perneras (que luego me dieron problemas detrás de las rodillas).

A las ocho en punto, un miembro del club Pueblo Nuevo indicó en voz alta que ya se podía salir, pero curiosamente nadie de los que estábamos ya listos y sobre el asfalto hicimos además alguno de arrancar. Hasta tres veces tuvo que decirnos que la brevet había comenzado para que un grupo grande, de unos 30 ciclistas, nos decidiéramos a meter las calas en los pedales y echar a andar.

El ritmo de salida fue algo más lento que en la brevet anterior y en esta ocasión también decidí no consultar el tiempo ni los kilómetros recorridos (salvo causa de fuerza mayor) para huir del efecto psicológico negativo que podría producirme descubrir eventualmente que la información real no coincidiera con mis sensaciones, con el consecuente bajón anímico.

No obstante, debo confesar que en esta segunda brevet me sentía mucho más seguro de todo, incluso de mí mismo, de mis piernas. Gran parte del recorrido coincidía con el anterior, al menos hasta el control de Jadraque, al igual que los últimos cincuenta kilómetros, por lo que no me preocupaba tanto quedarme solo como la primera vez. Y eso es lo que pasó, y muy pronto, por cierto. A la altura de Valdeolmos, decidí seguir mi propio ritmo y dejé marchar a ese

gran grupo. Pensé que enseguida me daría caza algún otro grupo grande porque sabía que atrás venía la mayoría de los inscritos, pero para mi sorpresa seguí rodando a mi ritmo crucero de entre 23-25 km/h y pasaban los kilómetros sin encuentro alguno. Por fin, a la altura de Villaseca de Uceda me dio caza una pequeña grupeta de tres ciclistas que curiosamente eran de Getafe, como yo, y me puse a rodar con ellos. Tenían una estrategia interesante que yo decidí finalmente no seguir: querían parar a «desayunar» lo más cerca posible de Cogolludo (Fuencemillán), para no tener que entretenerse en el control de Jadraque. «Al salir del control la ruta tira inmediatamente para arriba, hay que subir al Castillo de Jadraque y con la tripa llena como que no. Así que preferimos comer antes de Jadraque para hacer la subida con la digestión casi hecha», me dijeron. Cuando empezamos a atravesar las rectas con repechos que pasan por Matarrubia, noté que el ritmo era algo elevado para mí y estuve a punto de dejarlos ir. Pero al final paramos para que uno de ellos descargara la vejiga y en ese momento, desde el arcén, vi cómo nos adelantaban los compañeros de mi anterior brevet. Mi instinto fue arrancar de inmediato para unirme a ellos, me hacía especial ilusión volver a compartir kilómetros y conversación, pero al final decidí por coherencia esperar a que el compañero terminara de orinar. Me quité entonces el cortavientos porque empezaba el sol a calentar. Uno lo notaba perfectamente sobre las prendas negras que llevaba puestas. Retomamos la ruta y me puse delante para intentar que conectáramos con la grupeta donde iban mis compañeros de la brevet anterior. Pero como conocía el camino hasta Jadraque y sabía que nos acercábamos a una subida importante, entré en razón y quité el pie del acelerador. Entre Puebla de Beleña y Torrebeleña se encuentra la subida de marras, de la que en mi anterior crónica decía que era incapaz de encontrar un ritmo adecuado y donde las piernas me parecían bloques de hormigón. Sin embargo, esta vez, quizá porque la anterior brevet me sirvió de excelente entrenamiento o porque conocía bien dicha subida, encontré un ritmo perfecto que me permitía no sentir el bombeo del corazón en las sienes y notar los músculos de las piernas con un punto de más de fuerza «para cuando fuera necesario». Y así hice toda la ascensión; casi puedo decir que disfrutando del sufrimiento, porque tampoco es que fuera sobrado ni mucho menos. Si no recuerdo mal, los casi cuatro kilómetros de subida los hice entre 11 y 14 km/h, mientras que la vez anterior a 8 km/h llevaba el bofe fuera.

Me sentía bien y antes de acabar la ascensión había cogido al grupo de mis conocidos y había perdido de vista a dos de los cuatro compañeros con los que había llegado hasta allí. Hablamos un rato breve y enseguida el grupo compacto tiró hacia delante, en principio a un ritmo algo elevado pero llevable y unos pocos kilómetros más allá, a una velocidad que no pude seguir en los repechos antes de llegar a Jadraque, a mi parecer el tramo más pestoso. Es muy pesado porque la calzada tiene muchos tramos descascarillados, con mucha grava en el arcén impracticable y con continuas subidas y bajadas expuestas al viento que lo convierten en una parte realmente cargante. La única motivación era llegar a Jadraque para descansar y avituallarse un poco.

Una vez allí tomé una decisión que si bien no fue del todo improvisada, no contaba realmente con hacer: decidí salir de Jadraque y seguir yo solo. Para ello me dije que debía asegurarme de que tendría, como respaldo, a muchos otros ciclistas de la brevet por detrás de mí, por lo que comí y me hidraté sin entretenerme y salí para enfrentarme a la subida al Castillo de Jadraque.

Me costó un poco volver a entrar en calor, pero la subida del Castillo, con sus 6 % de desnivel me puso a tono enseguida. Por delante veía a varios breveteros. Por detrás lograba escuchar la conversación entrecortada de dos breveteros más que pronto me sobrepasaron. Todos íbamos a un ritmo muy sostenido, la temperatura era excelente, aproximadamente 21 grados, el viento nulo, había que bajarse un poco la cremallera del mallot para no sobrecalentarse, había que beber mucho y había que acostumbrarse otra vez al sudor cayendo por la parte interior de las gafas, algo olvidado desde el verano anterior. La subida al Castillo de Jadraque la disfruté mucho; en cuanto podía le echaba una mirada a esa construcción medieval que se conserva muy bien. Y entonces ocurrió algo inesperado e indeseado. Algo que me hizo dudar incluso de si podría llegar a terminar la brevet dentro del tiempo establecido: mi Garmin Edge 810 se apagó de golpe. Mi cabreo fue descomunal, sobre todo porque dependía de él para no perderme, mi mayor temor, porque había decidido seguir la ruta por mi cuenta y necesitaba de las indicaciones del GPS para no perderme. Lo encendía pero enseguida se volvía a apagar. Las baterías no podían ser porque dos semanas antes lo utilicé en la brevet y estuvo 10 horas encendido sin ningún problema (aquel día la batería bajó hasta el 7 %, eso sí). No me quedaba otro remedio que sacar la hoja de ruta que me dieron en la salida para intentar orientarme en caso extremo.

Por ahora me guiaba de las pequeñas figuras de ciclistas a lo lejos y ello me sirvió para llegar hasta una de las partes más bonitas y emocionantes de toda la brevet: la bajada hasta Utande (km 96 ) y la consecuente subida posterior. Era atravesar todo un valle por la CM-1000, carretera con apenas tráfico (también por las horas que eran, aproximadamente las 14 h) y con varias curvas de herradura.

Justo al inicio de la ascensión conecté con un ciclista de Pueblo Nuevo. Le pregunté si la subida era muy larga pero me contestó que no mucho, unos cuatro kilómetros aproximadamente. A mí me parecieron más, pero está claro que las sensaciones se ven alteradas como consecuencia del esfuerzo. No me costó casi nada poner la velocidad de crucero de 12 km/h durante toda la ascensión, sintiendo las piernas otra vez con ese punto de reserva por si la cosa se ponía fea algo más arriba. No fue el caso. La carretera tendía de forma muy predecible hacia arriba (salvo por las primeras curvas cerradas). Alcancé así a otro viejo conocido, el inspector de Hacienda con el que rodé en la brevet anterior, nos saludamos y yo continué a mi ritmo. Las piernas bien, las pulsaciones contenidas, no excesivamente altas, todavía con margen para apretar más si hiciera falta. Los últimos metros los hice aumentando un poco la velocidad, con las manos apoyadas en la parte superior del manillar, cerca de la potencia, como diciéndole a aquella pendiente que había logrado escalarla y además superarla con cierto punto de rabia. Como tomándome una pequeña revancha o venganza por las veces anteriores que había sufrido tanto subiendo con el gancho puesto desde el primer metro, la respiración desbocada y las piernas llenas de ácido láctico a rebosar.

De ahí hasta Brihuega toda una recta con alguna ligera chincheta que superar. Si fijaba bien la vista frente a mí podía llegar a ver a los ciclistas que me habían superado en la subida al Castillo de Jadraque. El Garmin consiguió al fin reiniciarse, pero no me dejó retomar la ruta (o yo no supe hacerlo) y tuve que iniciar una nueva navegación. Por lo menos volvía a disponer de las indicaciones de ruta y perderme sería más difícil aún.

Llegué a Brihuega con energías pero con hambre. Las rectas que me habían llevado hasta aquí terminaban en una rotonda y fue cuando me di cuenta de que el Garmin se había vuelto a apagar. Cuando ya había tomado la determinación de esperar allí mismo a los que me seguían por detrás vi que en la primera salida de la rotonda había una gasolinera y en ella se encontraban varios ciclistas. Comprobé que varios de ellos eran del club Pueblo Nuevo y entonces supe que en el restaurante que había al lado de los surtidores se podría sellar y comer algo.

Mi estrategia ya estaba definida. En los últimos treinta kilómetros había comprobado que por muy duro que me resultara el trazado de la carretera, si lograba encontrar mi propio ritmo era solo cuestión de tiempo el ir avanzando, y como apenas había viento no resultaba necesario realmente buscar una rueda tras la que cobijarse. Como éramos muchos en el bar de la gasolinera tardaron mucho en atenderme. Un bocadillo de lomo y una coca-cola después ya estaba listo para continuar la marcha. Sentía que cuanto más tiempo paraba más me costaba volver a pedalear, y aún caliente, retomé la ruta en sentido Oeste hacia Torija. No tenía ni idea de que a continuación vendría una bajada preciosa con varias curvas cerradas y una calzada recién puesta, de color casi negro, que producía un contraste llamativo con respecto a las líneas blancas también recién pintadas. Pasé disfrutando en gran medida de la entrada al valle, atravesando Cañizar, luego Torre del Burgo, Humanes. Debían ser entre las tres y las cuatro de la tarde porque los pueblos por los que iba estaban deshabitados. En muchos kilómetros no me crucé con ningún vehículo y tanto delante de mí como detrás no veía a ningún ciclista. En otras circunstancias me habría preocupado por ese temor constante a perderme que desde que el Garmin dejó de funcionar no había hecho más que reforzarse.

Callejeando por humanes me encontré en la terraza de un bar a unos ciclistas de la brevet que me indicaron que en ese mismo bar podría sellar. Entré y pedí dos acuarius, uno para tomar y otro para rellenar uno de mis dos bidones. Pagué y continué, pero en el callejeo por Humanes tuve que pararme varias veces para no equivocarme. Varias veces pensé que debía esperar a algún grupo de los que venía detrás de mí, pero al final se impuso el ímpetu por la aventura y tirando de lógica y de sentido de la orientación logré llegar hasta Yunquera de Henares. Allí dudé bastante tiempo sobre hacia dónde tirar y al final di con la dirección correcta. Me encontraba en el km 150 y según el perfil de la ruta ahora venían varios kilómetros rompepiernas con subidas y bajadas, algunas bastante escarpadas. Probablemente yendo a rueda se me hubiera hecho más llevadero, pero debo decir que me sentía pletórico de felicidad. Las sensaciones eran muy buenas. La temperatura era excelente, las piernas iban bien, el ritmo era contenido y en raras ocasiones se me iban las pulsaciones. Recuerdo que durante ese tramo no marchaba a más de 23 km/h y aunque esperaba que en cualquier momento me adelantaran los breveteros que venían por detrás, el caso es que logré terminar el trayecto yo solo. La soledad de ese tramo fue algo especial: Málaga del Fresno, Fuentelahiguera de Albatages y por fin Viñuelas, para tomar la GU-1057 y acabar los últimos treinta km en ligero descenso.

El desvío a la izquierda en Alalpardo para dirigirse hacia Fuente el Saz transcurre por una rampa bastante inclinada que en ese momento me sentó a cuerno quemado. M-112 bajada estirando las piernas hasta Fuente el Saz y giro a la izquierda para tomar la peligrosa, al menos a esa hora, M-103, con su repecho final que aunque uno no lo quiera confesar, hizo más daño del

que hubiera sido deseable. Las fuerzas se acababan y, además, las ganas por llegar producían cierto descontrol en la cabeza, que durante tantos kilómetros, más de 120, me había guiado tan juiciosamente hasta ese punto. Esas ansias hicieron que encarara el último repecho emocionado y subido de pulsaciones. Había que llegar ya; quería bajarme de la bici y sentir la felicidad de haberlo conseguido. Además, las perneras me habían producido algunas heridas detrás de las rodillas y quería que quitármelas inmediatamente.

Una vez superado el repecho, con un tráfico denso y muy pesado, llegué a la consabida rotonda para encarar un ligero descenso y girar a la izquierda, hacia el polideportivo de Algete, lugar de inicio y final de la brevet. Qué gusto llegar al final sin tener que dar ni una sola pedalada, saboreando de cada segundo y de la última brisa en la cara antes de bajar de la bicicleta. Cuando puse los dos pies a tierra no pude por menos que preguntarme: ¿cuándo es la próxima?

#### **Lo que creo que hice bien:**

- Probar a hacer la brevet por mi cuenta en gran parte y descubrir que es una experiencia completamente distinta pero muy interesante.
- Asegurarme en todo momento de que tenía breveteros detrás de mí. Creo que esta es la clave cuando uno desconoce el recorrido o tiene poca experiencia en estos eventos.

#### **Lo que creo que hice mal:**

- Usar perneras nuevas que antes no había utilizado y que me hicieron heridas detrás de las rodillas.
- Confiar en el Garmin Edge 810 que me dejó tirado.
- Aunque no aprecié signos de deshidratación o debilitamiento, creo que comí poco durante toda la ruta. Prácticamente solo comía en los controles y no hice mucho caso de las barritas que llevaba en los bolsillos del mallot.